

sentía ese aparato fúnebre que nos arranca lágrimas, sa grada deuda del dolor y la tristeza: en lugar de aquellas glorias y de aquellos triunfos obtenidos con las armas de Dios sobre los enemigos de su pueblo santo, no contemplamos ya sino ese túmulo levantado en su Iglesia, y engalanado con los tristes troféos de la muerte. Pio IX, el grande, el augusto Pio, el inmortal Pontífice del siglo XIX voló de la tierra, señores, y no parece sino que desde la inmensa altura donde Dios colocara su trono para gobernar la Iglesia santa, para contemplar la marcha del mundo religioso y social, y conjurar con su voz casi divina las tempestades y los vientos, dió tan solo un paso á la excelsa region de los cielos, abandonando para siempre los siglos legándonos la admiracion y el sagrado respeto mezclado con el llanto. En medio de nuestro justísimo dolor, cuando nuestros ojos no lo ven ya sobre la tierra, cuando ya no podemos detenernos en contemplar la magestuosa presencia del Pontífice, del Maestro universal de la fé de las naciones, del Doctor infalible en cuyas manos reposaba la autoridad y la religion, no encontrando en su lugar sino esa pira, misterioso símbolo de los triunfos de la muerte, se elevan nuestras miradas, Señores, hasta los cielos en busca de su espíritu, y nuestras piadosas creencias muy justamente fundadas en los principios de la fé cristiana, nos hacen buscarle en medio de los Pontífices santos, entre la multitud augusta de mártires, ó bien entre aquella numerosa grey de confesores valientes de la fé, y allí encontramos el espléndido triunfo de la religion sobre la muerte, y nos decimos mutuamente: Pio IX, nuestro amado Pontífice reposa ya en el silencioso recinto de esa tumba, sí; pero vive aun en medio de nosotros; él fué grande, y todavía impera su grandeza en la tierra, porque supo fundarla sobre las firmes rocas de la fé de Jesucristo, sobre las bases sólidas de la mas inquebrantable virtud; quiso llamarse Pio, porque el emblema santo de su vida, debia ser la piedad y la mansedumbre, la caridad de un apóstol que se sienta en la silla

de Pedro, fué Pio, y su piedad, su mansedumbre y su caridad fueron grandes. Por eso es, Señores, que su nombre queda esculpido en la misteriosa cúspide de ese túmulo para significarnos que su nombre sale victorioso de la muerte, que su grandeza domina los siglos porque no está edificada sobre los débiles cimientos del tiempo. He aquí porque os dije al principio: **FUÉ GRANDE SEGUN SU NOMBRE.** En medio de los terribles desengaños que experimentamos en una solemidad triste, al ver las mas prominentes grandezas de la tierra holladas por el irresistible ataque de la muerte, levantamos insensiblemente nuestros ojos á buscar en otra parte la verdadera grandeza, y he aquí que van á detenerse nuestras miradas en los cielos, porque allí está el asiento de la inmortalidad, y recordamos que nuestro Pontífice augusto, despues de enseñar la fé en el universo levantando la voz de infalible magisterio para que la escuchase el mundo, despues de pregonar desde la celsitud de su sólo la ley divina cuyo libro bajó de los cielos, buscando con anhelo la salud de las naciones y atrayéndose a la doctrina sana los elegidos de Dios, cierra sus ojos en el desempeño de su mision sublime, pudiendo decir con el Grande Apóstol de las gentes: "Consumé mi carrera, guardé mi fé; no me resta mas que la corona de justicia que me dará el justo juez." Por eso os dije tambien: **FUÉ MÁXIMO EN PROCURAR LA SALUD DE LOS ESCOGIDOS DE DIOS.**

Mi pobre voz desfallece, Señores, delante de ese genio inmortal. Quisiera poseer las ricas dotes del orador profundo para presentaros delante la grandeza de Pio IX, y pagar así el justo homenaje de respeto y acatamiento á la memoria de Nuestro Santísimo Padre, que en dias tan difíciles supo conservar incólume el depósito santo de la fé que le confiara el Pontífice eterno; que supo enseñarnos las doctrinas purísimas de la verdad, preservando nuestras almas de las enseñanzas bastardas de la filosofia actual. Quisiera, por lo mismo, que mi voz fuese un monumento eterno que per-

petuase su importancia y su grandeza; pero no puedo, Señores, y tengo que ceñirme á las entusiastas frases que salen del corazón de un hijo que honra á su Padre, con las palabras del cristiano que venera al Vicario de Jesu-Cristo.

No digo mas que las bellas expresiones con que el Espíritu-Santo encomia la memoria del ilustre caudillo de Israel: *FUIT MAGNUS SECUNDUM NÓMEN SUUM, MÁXIMUS IN SALUTEM ELECTORUM DEI.* Ellas me sirven para deciros del inmortal Pontífice, que *fué grande segun su nombre, máximo en salvar á los elegidos de Dios.*

Solo la religion, Señores, nos enseña á discurrir sobre grandezas en el borde de un sepulcro. Por eso cuando un orador sagrado es llamado á llenar de encomios á un hombre que acaba de morir, no trae simplemente la mision de llorar sobre su tumba, evocando recuerdos que exciten la sensibilidad de su auditorio; no es llamado á depositar con los concurrentes una lágrima ó una flor sobre su lápida, homenaje postrero que el mundo tributa á sus grandes. No vine, pues, á aprovechar la feliz oportunidad del que medra en el dolor, bebiendo mis inspiraciones en ese aparato funerario cuya vista líquida los ojos y baña el corazón. Ya sabia yo que amabais con toda la efusion de vuestro espíritu cristiano al Santo Pontífice que acabamos de perder, y os ví presa del sentimiento y la amargura, cuando pasó en rápido vuelo delante de vosotros el ángel temible de la muerte con su augusta víctima; y no quiero imitar al orador, ó al poeta que se inspira en las lágrimas de los dolientes y en esa gloria fantástica que evoca del sepulcro. La gloria, la grandeza, Señores, debe ser una realidad para premio del génio; no una imágen, no un vano fantasma perseguido inútil-

mente con los solos recursos del tiempo; un hombre con su virtud positiva, con la pureza de su alma la ha conquistado para sí, y si no es para él ¿para que crearla en la orilla de su tumba? Si no ha de ser una corona para sus sienes ¿á qué evocarla cuando él ha perecido? ¿Merece acaso el nombre de grandeza esa celebridad que nace tan solo en la imaginacion de un literato fúnebre? ¿Serán bastantes á mitigar el dolor esas vivas imágenes creadas al pié de un catafalco por el panegirista de un hombre arrebatado á la eternidad?

Las grandezas de Pio IX, Señores, creadas por su vida sin tacha, por los hechos sublimados hasta el heroismo en su larga carrera de Pontífice Sumo, ya se celebraban por todo el orbe católico á quien vimos siempre tributario del amor y del respeto, elevados hasta el último grado del afecto; ya su gloria era una brillante aureola, que irradiaba sobre su venerable frente octogenaria; ya su nombre iba unánimemente seguido del epíteto de *grande*, que le decretaban los pueblos todos de la tierra: así, pues, su grandeza fué una guirnalda riquísima que ciñó, y no una pomposa concepcion enfrente de su cadáver. Cuando os hablo, pues, de ella siguiendo los elogiós que de Josué se leen en el libro del Eclesiástico: *FUÉ GRANDE SEGUN SU NOMBRE, MÁXIMO EN SALVAR A LOS ELEGIDOS DE DIOS*, es porque obedezco, no solo á las inspiraciones de mi imaginacion, ó á los sentimientos de mi corazón filial, sino al sentir unánime de la cristiandad entera que me escucha atenta en estos instantes, por si mis palabras no fuesen suficientemente enérgicas para colocar en el ápice de las grandezas el nombre inmortal del Pontífice mas querido; es que obedezco, Señores, á mis convicciones mismas; es, en una palabra, porque debo rendirme ante la verdad. Basta esto, sin duda, para que la Iglesia santa en medio de su intenso dolor, enjugando su justo llanto, haga ostentacion de la magestad y grandeza de su Pontífice.

Qué oportunidad tan bella para mí, Señores, si en estos momen-

tos de febril excitación para el mundo irreligioso, hablara yo de las glorias y perpetuidad del Pontificado! Qué pruebas tan sólidas y tan robustas podrían adducirse delante de los restos de un Pontífice cuyo sòlio fué convertido en una cruz! Pero, sin duda alguna adulteraria yo el fin que nos reúne en este lugar santo, que nos presenta por todas partes la imagen querida de Pio IX, inerte ya é inanimado por el frío contacto de la muerte. Yo diré, sí, que ese hombre venerable fué grande segun su nombre, y su grandeza refluye seguramente en el Pontificado mismo, y agrega una joya mas á esa santa institucion, que á la faz de un mundo corrompido supo ostentar con todos los caracteres de divinidad que le pertenecen. ¡Qué admirable, en efecto, es Dios en todas sus obras! ¡Con qué sabiduría viene encadenando los acontecimientos humanos para servirse de ellos á su beneplácito y para manifestarse á nuestra debilidad como el árbitro supremo de siglos y naciones!

Agitábase la Europa en convulsiones violentas; el reino intelectual, moral y político tenia sobre sí una horrible tempestad como pocas han estallado en el mundo de la historia; iniciábase la emancipacion del cielo, trueno el firmamento, y á torrentes se desbordaba la anarquía de 1793, poniendo en claro las consecuencias de teorías aprendidas en un pueblo jóven; los elementos sociales se desenfrenan horrorosos é inundan el universo; diríase que se renovaba al pié de la letra la escena del Paraiso; de todas partes se veian turbas frenéticas gritando en algazara: "Seremos como dioses;" fulgura el cielo, y en su ira lanza el rayo atronador que hace estremecer la tierra, y parece oirse esta tremenda voz: "Morireis de muerte." En medio de tan deshecha tormenta, como si fuera hijo de las borrascas, ó como si naciera en el mar embravecido para aprender á aplacar los vientos y las olas, nace un niño para piloto de la Iglesia. Se llama Juan María Mastai Ferretti; abre sus ojos en el litoral del Adriático al despedirse del tiempo

el siglo XVIII que se llevó la gloria de haber inventado la independencia de los cielos, la rivalidad entre la fé y la razon; como si digéramos, entre la mujer simbólica que Dios preoñiza en el Eden, y la razon humana que se arrastra por la tierra. Qué acontecimiento tan singular, Señores, es el primero que contemplan las miradas de ese niño, que mas tarde, habia de descórrer el velo para descubrir delante de ese mundo turbulento á MARIA INMACULADA, como el apoyo de la fé cristiana dejando el talento del filósofo serpentear miserable por el polvo. Aun niño, sabe Juan María rogar en compaña de su noble madre la condesa Mastai por Pio VI, que encadenado por Napoleon, lloraba en la amargura del ostracismo las tribulaciones de la Iglesia; muere al fin Pio VI en su destierro, y, no obstante las incansables gestiones de una política audaz y enemiga del Pontificado-regio, sube al sòlio de Pedro el Emmo. Cardenal Gregorio Berhábe Chiamonti; aun lloraba la Iglesia su horfandad, resonaban por el universo los lamentos por la muerte del ilustre cautivo de Bonaparte presintiendo desgracias mil para el catolicismo acéfalo, cuando asoma sus luces este siglo y el cielo sus resplandores inefables, y se oye la voz de Pio VII que bendice por primera vez al orbe, encaminando sus pasos al Gólgota como su predecesor. Napoleon infatigable queria verse rodeado de la grandeza de Carlo-magno y pide que la Iglesia, por sus pompas religiosas, sancione su soberania con la consagracion imperial; Pio VII, inclinado siempre al favor, marcha á la ciudad de aquel monarca; se consuma la ceremonia, y vuelve el Pontífice á la capital del mundo cristiano, y deja verse muy pronto el cúmulo de insidias preparadas al Papado; se pretendia la restauracion del imperio romano; el trono de los Césares era el único capaz de saciar las ambiciones; llora Roma segunda vez la cautividad de su Soberano, que, vejado por el imperio, es llevado á Aviñon, Savonne y Fontainebleau, donde seis años de tribulaciones purificaron el alma grande del Pontífice.

La Providencia Divina, que dispone todo con suavidad, y prepara los sucesos de los siglos, hizo que los dos primeros Papas que se ofrecían á la vista de Juan María Mastai Ferretti desde su infancia, fueran mártires. ¡Qué elevación de espíritu! ¡Qué firmeza de ánimo! ¡Qué dignidad Pontificia tuvo que admirar en esos dos preciosos ejemplares! Eran indudablemente los acontecimientos mas grandes, los mas brillantes espectáculos que su noble alma contemplaba.

Era el año 1810 y salía del colegio de Volterra, en Toscana, donde seis años de estudios profundos bastaban á cultivar su inteligencia en las ciencias humanas; una penosa enfermedad viene á complicar sus resoluciones sobre los estudios profesionales; pero no vacila, acude á la oración y al consejo para resolver con acierto el asunto de la vocación, problema el mas difícil y trascendental en la vida del jóven; pisan sus plantas primera vez el Vaticano y cae de rodillas en sus umbrales santos á los pies de Pio VII que regresaba de su destierro, para venerar mas de cerca al ilustre confesor y maestro de la fé y oír de sus lábios una palabra, un oráculo; el Vicario de Jesucristo le dice que sin vacilar, encamine sus pasos al Altar para dar gloria á Dios y bien á la Iglesia Santa; diríjese á Loreto, venerando santuario, donde el Verbo por nosotros hombres y por nuestra salud descendió de los cielos á encarnar en el vientre de la Inmaculada Virgen Maria; se ofrece allí con ternura á la Madre de Dios, y de allí sale robusto para emprender su marcha al sacerdocio; el 11 de Abril de 1819 recibe el Orden sacro del Presbiterado; acontecimiento á primera vista muy comun y sin importancia, pero que debia celebrarse despues de diez lustros con la mas festiva de las solemnidades, y sublimarse hasta el ápice de la celebridad por todo el mundo católico. El nuevo presbítero se habia ejercitado de antemano en la caridad en medio de los pobres del Hospicio fundado en Roma por Borgi, TATA GIOVANNI; allí en el elocuente libro de la desgracia,

aprendió la compasión; entre la miseria y la pequeñez aprendió la grandeza; entre aquellos vivos ejemplares del infortunio, enseñó á su noble alma á sufrir para lanzarse mas tarde á las sublimes inspiraciones de la caridad. Escoge con predilección aquel asilo de la indigencia para celebrar su primera Misa en medio de aquella familia de pobres, que le era tan querida. ¡Cuánta riqueza de alma envolvía, Señores, aquel sencillo y modesto aparato! Jamás el recuerdo de aquel cuadro se borró de su imaginación de Pontífice; parecía, sin duda, aquel pobre santuario mas opulento que la Basílica Vaticana ó la Iglesia Lateranense. Viene á poco el dolor á nublar su frente cuando mas regocijo encontraba su espíritu entre los pobres, porque el Santo Padre Pio VII lo nombra auditor de la nunciatura apostólica en el Chile y en el Perú; no quería su corazón desprenderse de aquella familia de pobres que amaba tan tiernamente. A su regreso gobernaba ya el catolicismo un nuevo Pontífice que con el nombre de Leon XII habia sucedido al ilustre prisionero de Fontainebleau; era originario de Spoleto, y no pudo dar mejor prueba del alto concepto de las dotes del jóven auditor, que hacerlo consagrar Arzobispo de su patria misma; esto sucedia el año 1827 cuando Monseñor Mastai tenia apenas treinta y seis años de edad. ¡Qué caridad tan apostólica desplegó entre los indigentes! ¡Qué prudencia y qué moderación en el Gobierno de aquella Iglesia! Veíasele pobre, reducido á la escasez, distribuyendo entre los que acudían á su caridad cuanto encontraba en el sencillo menage de su casa episcopal. Es trasladado por el Sr. Gregorio XVI á la silla de Imola al finalizar el año 1832, donde la misma caridad, las mismas prendas pastorales tan relevantes le atrajeron en breve el amor de su nueva grey; ya enjuga el llanto del aflijido, ya socorre al menesteroso, ya acude al auxilio de un víctima de asesinos para recibir su postrer suspiro; ya Interminable seria, Señores, si hubiera de seguir los pasos todos de la vida apostólica de Arzo-

bispo—Obispo de Imola. Penetra la fama de sus virtudes al sacro palacio, y el Sumo Pontífice Gregorio XVI resuelve agregarlo al colegio cardenalicio, y le coloca la púrpura romana en Diciembre de 1840; el Espíritu de Dios que desde lo alto de los cielos dirige la marcha incólume de la Iglesia, escribe con su omnipotente dedo el nombre del Cardenal Mastai para colocarlo en primer término en el ánfora misteriosa del conclave que decide la suerte del mundo cristiano; al fallecimiento del Sr. Gregorio XVI, la urna sagrada sienta en el trono del Pescador de Galilea al humilde capellán de *Tata Giovanni*, al santo Arzobispo de Spoleto. ¡Qué turbación! ¡qué sorpresa! Delante de un acontecimiento inesperado para un corazón que no gusta de su elevación propia, el humilde Cardenal cae, desfallece, se embarga su voz, y al último cede pronunciando estas bellas frases: **ECCE SERVUS INDI-
GNUM TUUS; FIAT VOLUNTAS TUA.**

Ahí está la tempestad desencadenada y furiosa; ahí desde aquellas eminencias supremas que ocupa, contempla su vista un mar borrascoso, un torbellino social invadiendo la pobre embarcación de Pedro; ahí el monstruo del racionalismo moderno que se agita desde el siglo que le vio nacer; mas allá el panteísmo revestido de mil formas, é infiltrándose en todas las clases de la gran familia humana; doctrinas mil á guisa de impetuosos vientos pululan por el mundo; se proclama en las Academias, en los Liceos y en las Cortes la independencia de los cielos; el talento humano infatuado se divorcia de la razón divina; los hombres desconocen á Dios; la tierra insulta á su Cristo, y en todas partes, Señores, resuena aquella misma voz rebelde del Eden: **SEREMOS COMO DIOS.** Oleadas tumultuosas azotan la barquilla que dirige el nuevo Pío; vacila su trémula mano; se nublan sus ojos; pero acuerdase que **JESUCRISTO ES EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA.** . . . Y **QUE ES PRECISO QUE EL CRISTO SUFRA Y MUERA ANTES DE ENTRAR EN SU GLORIA.** El mundo entero creería que va á hin-

dirse para siempre esa barca débil; que las palabras del Fundador divino de la Iglesia faltarán esta vez, prepáranse en todas las regiones del Universo los últimos honores á la Iglesia moribunda; el grito de la razón emancipada llena la tierra; vosotros mismos, Señores, llegasteis á palidecer enfrente de esa temible falange y quizá augurásteis en vuestra timidez la ruina de la Iglesia santa, la derrota de la doctrina del Vaticano; pero el nuevo Pontífice se acuerda de su nombre, y sube lleno de piedad filial al trono del Pontífice eterno, sabe que su poder es casi divino, y de allá desciende con la Madre de Dios y la proclama Inmaculada delante de la turba: la heregía racionalista deja oír su grito de indignación al sentirse hollada por la planta virginal de María á quien fué dado el quebrantar la cabeza de la serpiente. Aparece la Reina del cielo en medio de nosotros, victoriosa de las heregías del siglo, ciñendo graciosa la mas brillante diadema que le colocara el Augusto Pío; es amada de todos los cristianos, y renace la esperanza en el orbe, á la manera que en medio de la tempestad dejan verse los preciosos matices del iris. El infierno se enfurece en su derrota, y suscita entonces al imperio ayudado del filofismo, y cuando ya formidables huestes se agrupan á derribar al Pontífice, lleno de serenidad y fido en el poder de María, deja oír su voz octogenaria, débil é impotente; pero que se escucha por los cuatro vientos del cielo, resonando en mares y lejanos continentes; los reyes se asombran al poder de esa voz y contemplan llenos de estupeor un ejército de Apóstoles, que al llamado de Pío, van á rodear el trono de San Pedro, á cantar unisonos la misma fé, y á celebrar la mas augusta asamblea que ha visto la historia. Brama el poder de las tinieblas, y enfrente del Concilio Vaticano coloca sus millares de satélites á pregonar la independencia racionalista; diríase entonces, que superiores en fuerza, saldrían victoriosos los enemigos de la fé; ¡suceso admirable! se declaran débiles los esfuerzos de la impiedad; el orbe todo fija sus miradas en Roma,